

Se mete tras ella en una pocilga que sirve de habitación y se entabla el siguiente diálogo.

—¿Tienes mamá?

—Tengo solo á mi abuelita.

—En fin, no importa: me pareces mayor de edad y creo que puedo celebrar contigo cualquier contrato.

—¿Qué quiere usted? pregunta ella con ojos asustados.

—Contratarte para bailarina de mi teatro.

—¿Yo? . . . . ¡Ay Dios mio! . . . . si yo nunca he bailado.

—No le hace: te enseñan en tres dias.

—Y las bailarinas enseñan las piernas . . . . y yo nunca he enseñado las piernas, no no, no.

En este momento salta una niña á sus brazos diciéndole ¡Mamá!

—¡Ah! . . . . ¿tienes una chiquilla?

—Tengo dos.

—Ese no es inconveniente.

—Pero ¿y las piernas?

—Yo te daré algodones para que te las rellenes.

—No. . . . no.

—Ganarás un peso diario.

—¿Y los vestidos?

—Te adelanto dinero para que los compres.

—¡Yo! . . . . ya . . . . sí . . . .

—Pues trato hecho.

Y sin mas ni mas, queda trasformada en bailarina de can-can Julia la de los buenos bigotes.

—Caballero, ¿cuántos hijos tiene usted?

—¿Hijos? Mi mujer tiene cuatro. . . . . Yo, poco mas ó menos, debo tener los mismos.

EPIGRAMA.

Casados Petra y Morones  
Viven en buena armonía:  
Se dan palos por el dia  
Y en la noche. . . . pescozones.

Juan que era muy buen cristiano  
En cuaresma comió vaca,  
Invadiendo en su alma flaca  
Un remordimiento insano:

Se fué con el confesor,  
Quien para atenuar la ofensa  
Le preguntó:—¿Con dispensa?  
—No señor, con tencedor.